

Una  
gran  
conquista  
femenina  
en España



El  
socialismo  
frente al  
sufragio  
de la mujer

**P**OR haber sido uno de los adversarios más decididos de la concesión inmediata del voto a la mujer; por no haber regateado ni disimulado nunca esta posición, contraria incluso a las normas generales del partido socialista, pero en la cual nos manteníamos precisamente pensando en posibles entorpecimientos para estas normas, podemos, con todo desembarazo, hablar hoy del socialismo frente al voto femenino, ya que el optimismo con que habremos de enjuiciar la cuestión no podrá ante nadie pecar de parcial.

No es ningún secreto que los votos socialistas han sido el apoyo más seguro de la igualdad política de ambos sexos en la nueva Constitución. ¿Quiere esto decir que socialismo y sufragismo se hallen fundidos en un solo credo? En modo alguno. E incluso no vacilaremos en declarar que pocas son en el campo socialista las posiciones llamadas feministas. El llamado feminismo, el feminismo puro, para el cual los derechos de la mujer son primordiales, ha de parecernos forzosamente algo superficial y hasta—perdónesenos la palabra—algo frívolo a los socialistas, para quienes la igualdad de sexos es postulado simplemente—simplemente, y nada menos—de la lucha de clases, para la cual el proletariado, sin distinción de sexos, ha de estar unido frente al capital.

Y he aquí la razón de que los socialistas no le teman al voto de la mujer. La mujer proletaria, que siente las mismas necesidades económicas que el hombre de su clase; que sufre las mismas ansias de rebeldía que él, y por las mismas causas, tiene fatalmente ante las urnas que obedecer a las mismas reacciones ideológicas y sentimentales. Casi diríamos que estas últimas, en ella, duplicadas por el instinto maternal, que la hace sufrir, rebelarse y desear, no sólo por sí, sino por y en cada uno de sus hijos.

El problema del voto de la mujer no

*Mrs. Pankhurst, la famosísima «leader» inglesa de las aspiraciones femeninas, laboradora incansable en favor de las conquistas y los derechos que la mujer va consiguiendo en todos los países*

es, pues, en parte alguna, y muy principalmente en España, problema de la mujer, sino de la mujer que no se halle, por sus condiciones de vida y actividades, tan identificada con la existencia del hombre como la mujer obrera. Es problema principalmente de la clase media, en donde, con frecuencia, el hombre milita en partidos de izquierda o, por lo menos, simpatiza con ellos, mientras la mujer se halla todavía plenamente entregada a dominaciones seculares, que la tienen apartada de esos partidos, que son los de su marido, de sus hermanos, de sus hijos y hasta de su padre. Así visto el problema—y creemos que es el único modo de considerarle en su plena realidad—, los temores que algunos hemos abrigado respecto al voto femenino en España no pueden sostenerse dentro del campo socialista, sino dando a la cuestión del sufragio toda la amplitud de una cuestión de ideología general.

¿Ha hecho bien la República en conceder el voto a la mujer? Para nosotros, socialistas, la respuesta no puede ser sino ésta: ha hecho bien, puesto que así ha integrado desde el primer momento a la Constitución un derecho natural y legítimo desde el punto de vista humano. Y a nosotros, socialistas, no nos ha creado con ello dificultad ninguna en ningún aspecto, puesto que en nuestras filas no han existido, ni pueden existir, diferencias ideológicas entre hombres y mujeres. A otros partidos, a los partidos republica-

nos, a aquellos partidos más o menos cercanos al nuestro en varios puntos de su programa, si bien totalmente distanciados del nuestro en el económico, que es para nosotros base fundamental; a esos partidos republicanos de izquierdas es a quienes debe preocupar forzosamente la llegada a las urnas de una masa femenina, cuyas opiniones políticas se hallan aún en su mayoría manifiestamente divorciadas de las de los hombres.

Quien militando dentro de un partido republicano haya defendido un ideal feminista lo ha, por tanto, antepuesto, consciente o inconscientemente, a su ideal republicano; quien militando en el partido socialista haya vacilado ante la concesión del voto a la mujer, sólo puede haber obedecido, en su vacilación, a móviles nacidos de reacciones distintas a las de las mujeres socialistas.

Para nosotros, pues, no hay problema. El problema sólo podría afectarnos a través de la influencia que en la vida política alcanzaran los votos femeninos de otros partidos, si las mujeres de esos partidos que por sus hombres son de ideas liberales llegaran a participar en la vida política con todos los resabios de su distanciamiento secular del negocio público y de su total ignorancia de la marcha de las ideas por el mundo.

Mas aun así, el peligro sólo habría de significar necesidad de lucha. Y en esta lucha, la victoria, desde el punto de vista izquierdista, no sería dudosa, ya que lo peor que le podría pasar al socialismo español en estos momentos, mejor dicho, a España, es que nuestro partido, suicidamente acosado por un lado, dejara de ser muro de contención por el otro. Y lo mismo frente a uno que a otro lado, la disciplina de partido y la convicción que a ella nos somete nos tiene iquebrantablemente unidos a socialistas de uno y otro sexo.

MARGARITA NELKEN